

## **Algunas Reflexiones Sueltas sobre la Enseñanza de la Filosofía en el Bachillerato**

Es evidente de suyo que abordar frontalmente el tema de la enseñanza de la filosofía en el sector medio superior es meterse *de motu proprio* en un avispero. Podemos de entrada estar seguros no sólo de que no le daremos gusto a todo mundo sino también de que, si algunas personas se sintieran persuadidas por la justeza de algunos de nuestros puntos de vista, lo más probable es que serían muy pocas. Afortunadamente, no es el tratar de quedar bien con otros una de nuestras preocupaciones o motivaciones, de manera que independientemente de sus potenciales efectos me propongo iniciar aquí una reflexión autónoma, nos lleve a donde nos lleve. Para ello, y dado que el tiempo es clave, indicaré muy rápidamente lo que me parecen ser dos condiciones *sine qua non* para que se pueda delinear una posición mínimamente sensata. En mi opinión, un par de condiciones, muy probablemente no suficientes pero sí necesarias, son:

- a) vincular las reflexiones sobre la utilidad de la filosofía con pensamientos sobre la naturaleza, la esencia o el carácter de los estudios del sector medio, puesto que si no tenemos más que una idea vaga de en qué pueda consistir la aportación de la filosofía y no tenemos una idea clara de qué se busca con los estudios de preparatoria difícilmente podremos pronunciarnos con sensatez sobre nuestro problema, y
- b) despolitizar la cuestión, esto es, desconectar radicalmente nuestra temática de cuestiones que por estar relacionadas con todo no son directamente relevantes para nuestro objeto de discusión. Me refiero, desde luego, a consideraciones sobre el neoliberalismo, el sistema bancario mundial, las recurrentes crisis financieras, etc., etc. Aludir a esta clase de temas es, a mí me lo parece, simplemente desviar la atención, boicotear el tema, hablar de uno mismo y cosas por el estilo, nada de lo cual obviamente forma parte de nuestros objetivos. Lo que se necesita son más bien consideraciones puntuales sobre un par de aspectos decisivos del asunto.

Comencemos entonces nuestra muy breve y esquemática disquisición en el orden mencionado.

Quizá sea útil empezar con alguna observación de orden factual de carácter general (es decir, admite excepciones, que pueden ser muchas). Creo que la experiencia enseña que México es el país en donde el plomero, el electricista, el carpintero, etc., tienen que ir dos veces a la misma casa para realizar el mismo trabajo. Nunca nada queda bien a la primera. Dejando de lado la alusión a la casa, lo mismo pasa, *mutatis mutandis*, con los oficinistas, los mecánicos, etc., y con los maestros. De manera más general: asistimos en la actualidad a un deterioro sistemático en la calidad de los profesionistas, en la moralidad de los médicos y abogados, en la mediocridad de los maestros de primaria, etc. Casi podríamos afirmar que desapareció en México no sólo la clase de los obreros especializados, sino también la de los profesionistas efectivos. En relación con los egresados de filosofía, muchos de los cuales al terminar sus estudios ingresan al sector medio de enseñanza, creo que podemos decir que por cambios nefastos que se operaron durante mucho tiempo en el programa de la carrera, como por ejemplo, calificar con letras en lugar de con números, se ocultó de manera permanente su verdadero nivel profesional. La explicación es simple y creo que no necesito argumentar mucho para establecer el dato: es mucho más fácil poner una A que poner un 10 y mucho más difícil poner un 5 que poner una E. Por lo tanto, es perfectamente predecible que terminen la carrera multitudes de estudiantes con promedio de A, cuando en realidad son pésimos o muy regulares estudiantes y son otras las calificaciones que merecerían. El problema, claro está, es que posteriormente son ellos quienes constituyen los ejércitos de profesores que enseñan filosofía en las preparatorias. De ahí que resulte comprensible inferir, dada la especificidad de la filosofía y las dificultades propias que entraña, que sería sumamente extraño que la filosofía resultara ser una materia particularmente popular entre los alumnos. Yo más bien diría que no es implausible afirmar que las más de las veces la materia de filosofía resulta ser una materia mortalmente aburrida para jóvenes inquietos de 16 o 17 años, y sobre todo en las condiciones en que en México se cursa la preparatoria. Pero hay más.

Un punto de vista realista respecto a la enseñanza de la filosofía en la Preparatoria exige que encontremos una manera de evaluar su importancia en el curriculum pedagógico. Desde este punto de vista, lo que de inmediato podemos afirmar es que ciertamente hay materias más importantes que la filosofía. En mi opinión, por lo menos la historia, el español, las matemáticas y la biología son más importantes para la formación de un estudiante. Desde luego que no estoy afirmando que las demás materias sean desdeñables o que no haya otras que debieran incorporarse, sino simplemente que hay jerarquías y que no tiene el menor sentido o es inclusive contraproducente desconocerlas. Aquí disponemos de un fácil test para mostrar que lo que afirmo no es particularmente descabellado: podemos fácilmente visualizar un programa de estudios fundamentales sin filosofía, pero no sería tan fácil imaginar uno sin matemáticas o sin español. Esto tiene que ser así puesto que,

dentro o fuera del sector educativo medio superior, la filosofía es una especie de lujo. Reconozcamos, pues, la importancia pedagógica de nuestra disciplina.

Consideremos ahora rápidamente lo que es en la Preparatoria la enseñanza, por ejemplo, de la historia o de las matemáticas. Yo imagino que a nadie todavía se le ha ocurrido estructurar un programa en estas áreas con miras a hacer de los alumnos de la preparatoria historiadores o matemáticos. Ni mucho menos es ese el objetivo que se persigue con los estudios en este nivel. Lo que se quiere es que el estudio de esas materias le proporcione al estudiante no sólo datos inconexos o un un mero panorama vagamente delineado, sino sobre todo información de carácter esencialmente **operativo** o **funcional**. Lo que quiero decir es lo siguiente: asumiendo que por causas inmanejables el alumno no pudiera continuar sus estudios de preparatoria, lo que se busca es que de todos modos los termine con una cierta visión de su país, que pueda expresarse correctamente y con fluidez, que esté familiarizado con los números y las operaciones numéricas, etc., todo ello para poder defenderse mejor en la vida, para estar mejor preparado para encontrar un trabajo. Pero es obvio que nadie estudia biología en la Prepa **para** posteriormente ser biólogo, odontólogo o veterinario. En esa etapa de estudios de lo que se trata es de recibir una determinada información, de formarse culturalmente de manera que posteriormente la persona pueda desenvolverse en la vida con un mínimo de preparación. En vista de que el nivel escolar en México en promedio es, si no me equivoco, algo así como de tercero de Primaria, suponiendo que lo eleváramos a nivel de bachillerato el resultado sería sumamente gratificante y satisfactorio. Desafortunadamente, estamos muy lejos de que eso sea el caso.

Ahora bien, cuando consideramos la enseñanza de la filosofía en el sector medio con lo que nos topamos es precisamente con lo que **no** sucede en relación con otras materias, esto es, con el hecho de que los programas están pensados como si de lo que se tratara fuera de que los muchachos estudiaran filosofía para dedicarse después a ésta en sus estudios profesionales, como si (por así decirlo) ésta fuera su única opción! El que se tenga que cursar en la Prepa historia de la filosofía, de la estética, de la ética, de la lógica, etc., confirma lo que estoy señalando. A mí eso me parece absurdo. A este respecto deseo sostener que un error craso es el de visualizar la enseñanza de la filosofía en el sector educativo medio superior como un estudio preparatorio o propedéutico para la carrera de filosofía! Esto nos obliga a decir algunas palabras sobre la naturaleza de esta última.

Para empezar tenemos que distinguir entre el valor de la filosofía y el valor de la enseñanza de la filosofía en los estudios de bachillerato. Por lo pronto, no estará de más advertir que lo que pasa con la odontología, que no por ser muy útil en la vida cotidiana se enseña en la Prepa, pasa también con la filosofía. El valor de la filosofía es un tema demasiado grande como para pretender examinarlo aquí y ahora. Preguntémonos mejor: ¿qué ventajas ofrece la enseñanza de la filosofía? La

respuesta es obvia: ¿desde qué punto de vista? ¿En relación con qué asunto? ¿Se trata acaso de conservar salarios? Entonces sí es útil. ¿Se trata más bien de formar una juventud culta? Habría que reconocer que en este caso el fracaso es rotundo. ¿No es lo que queremos más bien despertar en los alumnos ciertas inquietudes? Si es eso, yo afirmo que contarle al alumno (asumiendo que se le cuenta bien y tomando en cuenta el trasfondo de la educación en México) lo que se sostiene en la *Crítica de la Razón Pura* en *El Ser y el Tiempo*, en el *Filebo* o en la *Monadología* es el mejor mecanismo para entumecer su cerebro y para que resulte ya muy difícil despertarlo posteriormente. Pero entonces no podemos eludir la pregunta: ¿constituye realmente la enseñanza de la filosofía en el bachillerato una labor útil socialmente? Yo me inclino a pensar que si la respuesta depende de en qué medida de hecho incide la filosofía en las vidas de los alumnos habría que deducir que su valor es ínfimo y, por lo tanto, que la utilidad social de la filosofía en el contexto de la Preparatoria es mínima. Se plantea entonces la inquietud: ¿cómo se justifica dicha enseñanza? o, para ser más precisos ¿tiene ésta en principio alguna justificación?

Para responder a esta pregunta quizá debemos primero inquirir acerca de cómo concebimos la filosofía y de cómo podría ésta insertarse en el sector educativo dado el contexto nacional. Una vez más, ello depende de qué tengamos en mente.

En primer lugar, recordemos que la filosofía tiene un sinnúmero de facetas. De todas las que tenga, la que en mi opinión es si no la única sí la que es particularmente relevante para nuestra disquisición es lo que podríamos llamar su ‘faceta práctica’, lo cual en este caso significa su ‘faceta crítica’. Yo no diría que la filosofía “enseña a pensar”, pero sí defendería la idea de que puede ayudar a alguien a posicionarse en forma autónoma frente a los problemas de la vida. Cuando hablo de los “problemas de la vida” me refiero desde luego a problemas, por así llamarlos, concretos. No me refiero, por lo tanto, a conflictos que escapan por completo al control del sujeto, cuestiones como la división del mundo en ricos y pobres, el dominante sistema bursátil, el imperio de los bancos, el poder de las televisoras, el rol de las transnacionales, las elecciones nacionales, etc. Problemas como esos no conforman la clase de temas que podrían agobiar o interesar a un joven de 17 años. Pero entonces ¿cómo concebir la enseñanza de la filosofía en el bachillerato de manera que podamos verla como una actividad escolar o académica efectivamente útil?

En primer lugar, quiero enfáticamente afirmar que enseñar filosofía útil en el sector medio no es lo mismo que enseñar historia de las ideas. Lo que podría importarnos de la filosofía en este contexto educativo sólo puede proceder de lo que denominé su “faceta práctica”. Aquí permítanme que cite una en mi opinión muy acertada observación de Wittgenstein. Éste en alguna ocasión comentó con un alumno suyo que un filósofo que no quiere discutir es como un boxeador que no se quiere poner los guantes de box. El sentido del símil es obvio: nosotros en filosofía

no necesitamos laboratorios, no realizamos experimentos con productos o con animales, no hacemos cálculos de ninguna clase, no nos dedicamos a tareas de campo ni nos dedicamos a hacer observaciones y a tomar nota de lo observado. En pocas palabras, en filosofía no hacemos trabajo empírico ni trabajo formal. Lo que aprendemos es a ser independientes intelectualmente (deliberadamente omito el adverbio ‘mentalmente’ para no dar lugar siquiera a discusiones irrelevantes). Lo que gracias a la filosofía sí podemos hacer es aprender a discutir, pero para que un muchacho se adentre en el terreno del debate y de la aclaración de ideas necesita estímulos palpables, motivaciones concretas, atracciones impactantes. Para ilustrar: estoy seguro de que veinte visitas guiadas a conciertos, museos, hospitales o rastros dan mucho más qué pensar que todo un curso de historia de la estética y de la ética. Por consiguiente, soy de la opinión de que la única forma como la filosofía puede insertarse en el sector medio es enfrentando al alumno a problemas genuinos, reales o imaginarios, a inducirlo a ofrecer respuestas propias y a enseñarle a criticar las de otros. Es fundamental que la enseñanza de la filosofía en la Preparatoria sea entretenida, por no decir ‘divertida’. Seamos francos: la filosofía para preparatorianos es casi como filosofía para niños y lo que esto significa es, en primer lugar, que por ningún motivo puede tratarse de filosofía teórica o especulativa. Si lo que digo apunta en la dirección correcta, habría entonces que reformar el programa tomando la perspectiva crítica o práctica como plataforma. La corrección de esta perspectiva es que permitiría que nos deslindáramos de discusiones estériles y de pseudo-problemas, como por ejemplo el de la confrontación “enfoque habilidades *versus* enfoque humanista”. Eso no es un dilema real, por lo menos en filosofía, puesto que si la enseñanza de la filosofía sirve para tener discutores hábiles, argumentadores efectivos, gente intelectualmente ágil y, sobre todo, individuos críticos, tanto de sí mismos como de su sociedad, automáticamente estaremos formando humanistas, por superficialmente que empleemos la expresión. Si esto fuera aceptable yo diría entonces que la enseñanza de la filosofía es viable si se restringe a **un** año del bachillerato, a saber, el último, y si se le imparte con la ayuda de un texto obligatorio, de un libro que, por lo menos hasta donde tengo noticias, todavía no se escribe pero cuyos diseños y redacción no son *prima facie* insalvables.

Concluyo: probablemente sea imposible modificar drásticamente el programa de estudios prevaleciente. Modificaciones así se enfrentan siempre a intereses nada abstractos, sino muy concretos. La promoción de libros, por ejemplo, es uno de ellos y las masas de estudiantes son siempre una presa apetitosa para toda clase de ambiciosos, codiciosos y demás, provengan del ámbito de la filosofía o de cualquier otro. Pero si nuestras motivaciones son, por así decirlo, “puras”, podemos sentirnos satisfechos con haberles dado expresión, más allá de que su materialización duerma el sueño de los justos en el mejor de los mundos posibles.